

LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 27.—BARCELONA 31 DE DICIEMBRE DE 1914



Los cazadores alpinos franceses en un combate en los Vosgos. (Dibujo de Fr. Bergen)

CRÓNICA INTERNACIONAL

I. Importancia de la flota británica.—II. La actitud de Italia

I.—Importancia de la flota británica

El bombardeo de varios puertos ingleses por los barcos alemanes, las tentativas de ataque a Dover, las constantes amenazas de los submarinos, no tienen otro objeto ni responden a otro propósito que al de provocar la salida de los acorazados británicos para que caigan bajo la acción de los submarinos, acaso de los dirigibles y posiblemente de los barcos de combate de los alemanes. Pero Inglaterra aún no ha enviado un solo acorazado al mar del Norte. El Almirantazgo guarda sus mejores unidades, y aunque la opinión pública se impacienta de vez en cuando, persiste en su plan. ¿Cuál es éste? El más sencillo: que la flota exista, que no desaparezca. Nada importa ganar batallas navales, lo esencial, lo vitalísimo es tener los barcos.

En efecto, mientras no desaparezca la escuadra británica, Inglaterra no será vencida definitivamente, aunque sus ejércitos sean destruidos y Francia y Rusia queden aplastadas; las islas quedarán a cubierto de un desembarco y el comercio británico seguirá desarrollándose libremente y la metrópoli continuará recibiendo los artículos de primera necesidad que le hacen falta; entre tanto, la ruina comercial y económica de Alemania se irá acentuando. Si la destrucción de toda la flota alemana se comprara al precio de la mitad de la británica, Inglaterra habría perdido su supremacía marítima, quedaría detrás de los Estados Unidos y del Japón, acaso de la misma Francia y su importancia mundial relegada a segundo término; ganaría esta guerra, pero perdería la siguiente. Y la destrucción de la flota alemana no colocaría a esta última potencia en peores condiciones de las que ahora se encuentra, porque tendría exactamente las mismas probabilidades que en la actualidad de vencer a Francia y Rusia y le quedaría siempre abierto el camino de Egipto y la India a través de Turquía y Persia. Es decir, que arriesgando su escuadra en una batalla naval, Inglaterra se exponería a perder mucho y ganar muy poco, al paso que Alemania comprometería poco y podría obtener lo más.

Esta teoría no es nueva: de muy antiguo ha sido prohijada en la Gran Bretaña por personalidades navales de gran relieve, y ha sido objeto de numerosos libros y artículos; es el problema de la «flota en existencia», como dicen en aquel país. Alemania lo sabe, y por eso se aventura con sus barcos lejos de las bases navales, persiguiendo un objetivo secundario, pero no despreciable: llevando la alarma directamente al país enemigo, siembra fermentos de descontento y paraliza el alistamiento voluntario. Que conoce el plan de su enemigo lo demuestra el hecho de haberse suspendido las operaciones contra Egipto y la India, hasta que los oficiales alemanes especialmente nombrados para dirigir tales operaciones hayan puesto en orden y preparado el avance y la acción de las tropas turcas; no importa que las

operaciones tengan que aplazarse; lo importante es que cuando se emprendan tengan probabilidades de éxito. La guerra va a ser larga y no hay que apresurarse y comprometer el resultado.

Pero Inglaterra, que no desconoce cuáles son sus puntos débiles—el canal de Suez y la India,—se esfuerza en adelantarse a la acción de sus enemigos; y a este efecto ha enviado sus barcos del mar Índico, con tropas blancas e indígenas, a que desembarquen en las bocas del Tigris y se internen tierra adentro, ocupen los puntos importantes y los caminos del desierto del Tith, en la Arabia, y tomen posiciones en las dos orillas del mar Rojo; al mismo tiempo, ha movido tropas en las fronteras del Afganistán. Son tan juiciosas estas medidas y tan oportunas, que acaso se arrepienta Alemania de haber provocado antes de tiempo la intervención de Turquía; hubiera sido preferible aguardar a la primavera, y entre tanto completar los preparativos contra Egipto y la India, que según se ha visto están muy atrasados.

II.—La actitud de Italia

Las declaraciones de Salandra fueron acogidas con el mayor entusiasmo en Francia e Inglaterra, y con notoria desconfianza en Austria y Alemania; pero, no obstante, no quisimos ocuparnos en ellas porque estábamos convencidos de que se las atribuía un alcance de que carecían; calmadas las pasiones de los primeros días los hechos han vuelto a darnos la razón. No somos, desgraciadamente, novicios en materias internacionales, y los años nos han dado serenidad y reflexión para no dejarnos impresionar por las palabras y atenernos sólo a los intereses de los pueblos.

Se ha dicho que Italia debió su unidad a Francia; esto es verdad sólo en parte; Napoleón III fué un paladín resuelto del poder temporal del Papado, y gracias a la derrota de 1870, aprovechada por los unionistas italianos, pudo verificarse el asalto de Roma y la formación del reino italiano.

Italia sabe perfectamente que aun cuando en el Trentino y en Trieste la masa de la población tiene arraigados los sentimientos italianos, sus conveniencias e intereses la llevan al lado de Austria, de modo que no contaría con el apoyo de la población, al contrario de lo que imaginan los que ven las cosas con arreglo a sentimentalismos hueros o a sus propios deseos. Por otra parte, la frontera austriaca es de fácil defensa y ha sido testigo en 1859 y 1866 de la derrota de las tropas italianas por los austriacos. Italia es la nación del mundo que mejor conoce la verdadera potencia del ejército alemán, y sabe que cien mil alemanes, solamente, al lado de los austriacos podrían contener largo tiempo a una masa de más de medio millón de hombres. Italia aún no se ha repuesto de los quebrantos que le ocasionó la campaña en Libia, y dista mucho de haber asegu-

rado la conquista de tan extenso territorio; su situación allí es todavía bastante precaria y Turquía fácilmente provocaría otro alzamiento, obligando al Gobierno de Roma a enviar numerosas tropas y realizar inmensos gastos. Italia vive en gran parte de la emigración, no sólo a América, sino a todos los países de Europa, y le consta que el día que se le cierran las puertas a sus hijos más allá de las fronteras, entrará en una crisis difícil de resolver. Y, finalmente, Italia sabe que su porvenir no está en Trieste, que la conquista de este puerto daría lugar a otra guerra en plazo más o menos breve, porque Austria jamás se resignaría a perder una buena salida en el Adriático, mientras que en las costas de Albania, en los mares del Egeo, en la misma Asia menor, y sobre todo en el litoral del Mediterráneo, está el fundamento más sólido de su futura grandeza.

¿Qué va a ganar Italia con aliarse con Francia, Rusia e Inglaterra? La anexión del Trentino quedaría más que compensada con la pérdida para siempre de su situación excelente y ventajosa en el Mediterráneo, dominado a su antojo por Francia; y sabido es que la vida de las naciones se funda en la exportación, es decir, en abrirse mercados, y disponer, por lo tanto, de colonias y posesiones al otro lado de los mares, en este caso el Mediterráneo. Con Egipto inglés, la Argelia francesa, acaso Rusia en Constantinopla, ¿qué podría prometerse Italia? Haría sonado la hora de su declinación, porque ni siquiera posee aquella península, como España, amplia salida al Atlántico. Es una Potencia interior, y no es hacia el interior, sino hacia fuera, a donde debe dirigir sus miras.

Gracias a la alianza con Austria, Italia ha podido conservar una situación relativamente preponderante en el Mediterráneo, y merced al apoyo de Alemania pudo efectuar la anexión de Tripolitania. El mar, el comercio marítimo ha originado la presente guerra; ¿va a ser Italia tan ciega que voluntariamente ceda las ventajas dimanantes de su situación en el Mediterráneo, en manos de Francia e Inglaterra?

Pero tampoco Italia se expone a perder mucho y ganar poco desenvainando la espada al lado de Alemania y de Austria. Se encuentra en una posición inmejorable, y no renunciará a las ventajas que le ofrece. Manteniendo su neutralidad y conservando incólumes sus elementos militares y navales, cuando la guerra finalice, la importancia de Italia será infinitamente mayor que hasta aquí; nadie en Europa podrá oponérsele; pesará decisivamente en la balanza internacional, y podrá realizar con desembarazo y con una exposición mínima sus proyectos de expansión y de engrandecimiento. Le bastará con amenazar, para que todos, lo mismo los alemanes y sus aliados que los ingleses y los suyos, cedan y la dejen las manos libres. ¿Qué más puede pedir ni ambicionar nación alguna?

Los políticos italianos poseen una cualidad inapreciable, única en los pueblos latinos, y aun en otros que no lo son: su política es exclusivamente italiana y basada únicamente en los intereses del país. Todo lo demás se queda a un lado y no figura para nada en las resoluciones del Poder.

Por consiguiente, dejen nuestros germanófilos y francófilos de interpretar las palabras de Salandra

como favorables a las potencias objeto de sus particulares simpatías; vean escuetamente en ellas una admirable lección que es tristísimo no sepamos aprender en España: las simpatías a las naciones extranjeras no han de ser el móvil de nuestra conducta, ni nos hemos de dejar llevar por frases platónicas de libertad, derecho, justicia y democracia; todo debe ponerse al servicio de la Patria; estúdiense lo que conviene a ésta y procédase luego en consecuencia. Así obra Italia hace muchos años y de este modo se ha engrandecido y ha prosperado. Nada le importa que gane A o B: lo único que le preocupa es cómo y de qué manera obtendrá el mayor provecho posible de la conflagración que ensangrienta a medio mundo.

F. LARÍN.

LOS COMBATES EN FLANDES Y N. O. DE FRANCIA

Parte oficial del mariscal French

(Conclusión)

Yo me daba plena cuenta de la difícil labor que nos incumbía y del papel abrumador que correspondía al ejército británico. Conseguidos los primeros éxitos, y frustrados todos los esfuerzos realizados por el enemigo para romper nuestra línea, esta obra se debió al maravilloso poder combatiente y a la indomable tenacidad y valor de oficiales, clases y soldados. Jamás ha tenido que llevar a cabo una tarea tan grande el soldado británico; y en toda su espléndida historia no hay ejemplo de que haya respondido tan magníficamente a las excitaciones que por necesidad hubo de dirigirle.

Después de dar las órdenes expresadas a sir Douglas Haig, encomendé un papel defensivo a los cuerpos de caballería segundo y tercero, en vista de la superioridad de fuerzas que tenían ante ellos. En cuanto al cuarto cuerpo, encargué a sir Henry Rawlinson que se atuviera a los movimientos del primer cuerpo.

El 20 de octubre llegaron a la línea que desde Elverdinghe va al cruce de caminos situado a dos kilómetros al NO. de Zonnebeke.

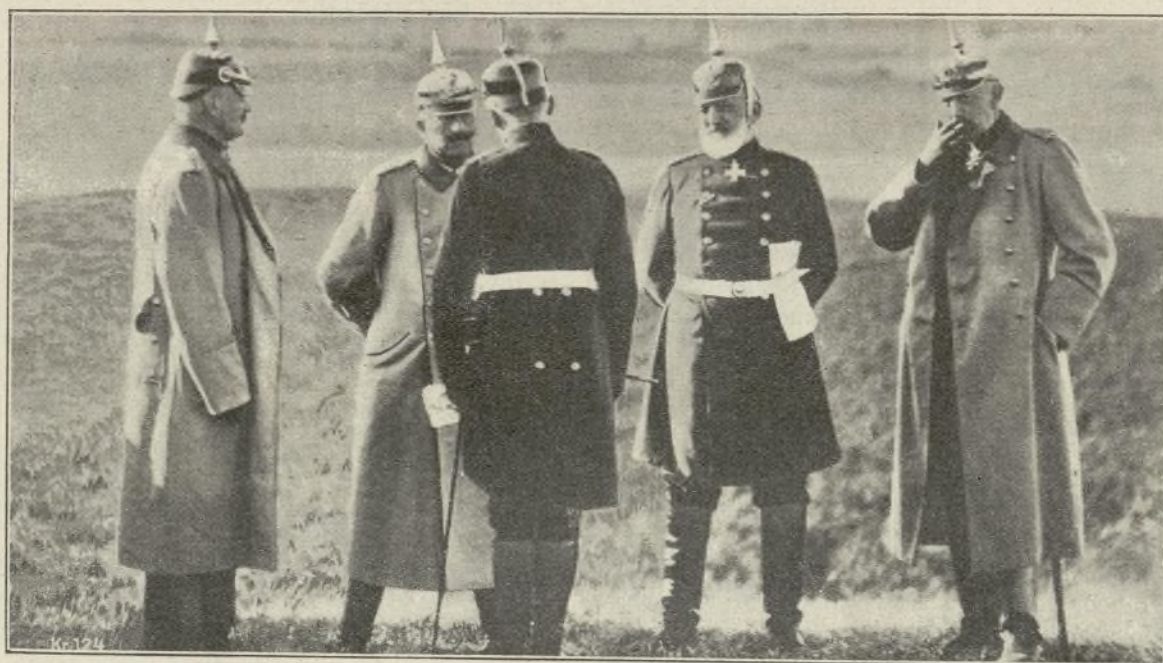
El 21, se dió la orden de que el cuerpo atacara y tomara la línea Poel-capelle-Passchendaele.

Las tropas de sir Henry Rawlinson se movieron a la derecha del primer cuerpo y las tropas francesas, compuestas de territoriales y caballería, se movieron a la izquierda bajo las órdenes del general Bidon.

El avance fué aplazado porque los caminos se encontraban barreados, pero el ataque progresó favorablemente a pesar de la fuerte oposición, debiéndose acudir a menudo a la bayoneta.

Sabiendo que se dirigían fuertes ataques contra la séptima división y la segunda división de caballería a nuestra derecha, sir Douglas Haig ordenó a su reserva que hiciera alto en los arrabales al NE. de Ipres.

Aunque amenazado por un movimiento enemigo desde el bosque de Houthulst, nuestro avance pudo continuar hasta las dos de la tarde, cuando la caballería francesa recibió órdenes de retirarse al O. del canal. Por este motivo, pese a las demandas que le



EL KAISER Y SUS GENERALES

Von Linker

El Kaiser

Von Heeringen

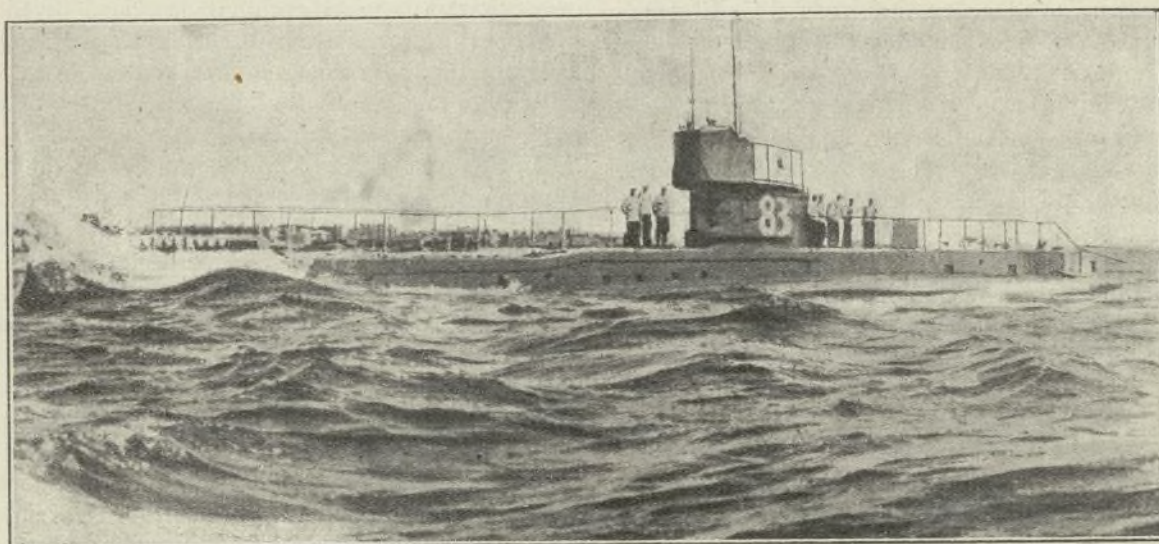
Conde Moltke



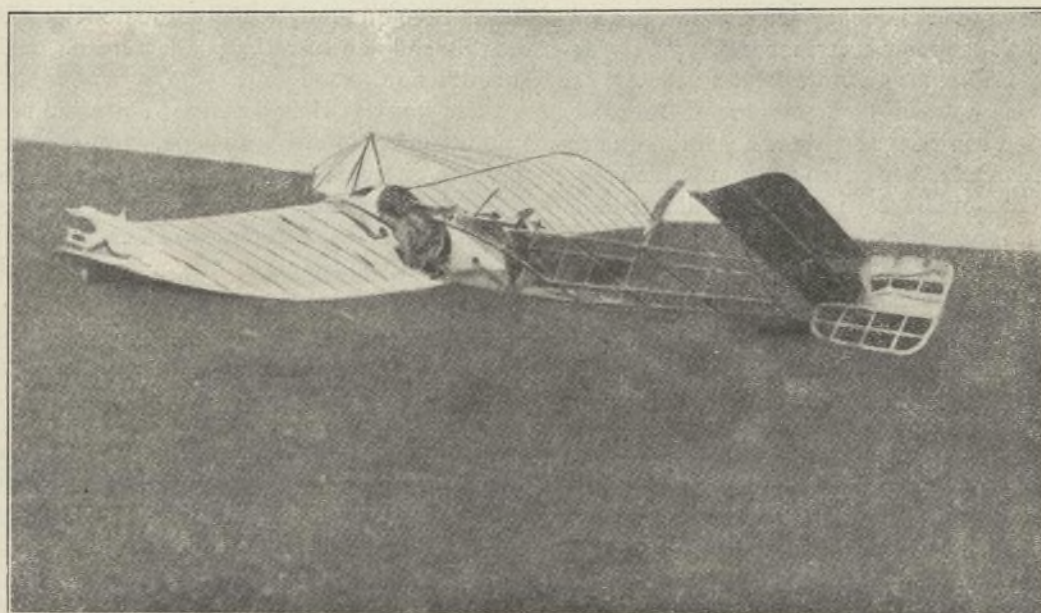
Soldados ingleses obsequiando a ginetes belgas a su paso por un pueblo del N. O. de Francia



Biplano alemán «Mercedes» con motor Daimler, utilizado por el ejército alemán



El submarino británico «E. 3»



Aeroplano francés derribado por el tiro de los alemanes cerca de Luneville

dirigió el cuarto cuerpo, sir Douglas Haig no pudo avanzar más allá de la línea Zonnebeke-Saint Julian-Langemarck-Bischoote.

Como había demasiada mezcla de tropas en Ipres, me trasladé allí en la tarde del 21 y conferencié con sir Douglas Haig y sir Henry Rawlinson, y con ambos fui a ver al general De Mitry, comandante de la caballería francesa, y al general Bidon, comandante de las divisiones territoriales francesas. Me prometieron que evacuarían la ciudad, y que los territoriales inmediatamente saldrían de allí y cubrirían la izquierda en el flanco del primer cuerpo.

Discutí la situación con los generales comandantes de los cuerpos primero y cuarto, y me dijeron, en vista de los inesperados refuerzos del enemigo, que probablemente sería imposible realizar el objetivo que se les había señalado. Pero yo les dije que me había entrevistado con el comandante en jefe del ejército francés, general Joffre, quien me había dicho que acababa de dirigir el noveno cuerpo de ejército sobre Ipres, que más tropas francesas acudirían más tarde, y que pretendía — en unión con las tropas belgas — arrojar a los alemanes hacia el E. El general Joffre añadió que no podría comenzar esta maniobra antes del día 24; y yo encargué a los comandantes de los cuerpos de ejército primero y cuarto que reforzaran sus posiciones todo lo posible y se prepararan a mantener el terreno dos o tres días, hasta que el movimiento ofensivo de los franceses al N. se iniciara.

Era claro para mí, que lo más que podíamos hacer para que el enemigo no rompiera nuestra línea desde el E. o nos envolviera por el N., era mantener nuestro actual frente muy extenso y sostenernos en nuestras posiciones hasta que los refuerzos franceses llegaran desde el S.

Durante el 22, la necesidad de enviar auxilios al cuarto cuerpo por su derecha, privó de libertad de movimientos al comandante del primer cuerpo; pero rechazó todos los ataques que se hicieron contra su frente, con fuertes pérdidas para el enemigo. A última hora de la tarde, el enemigo consiguió penetrar en una parte de nuestra línea defendida por los Highlanders del Cameron, al N. de Pilken.

A las 6 de la mañana del 23, efectuamos un contraataque para recuperar las trincheras, por el regimiento de la Reina, los tiradores reales del Rey, y el Nothamptons, mandados por el general Bulfin. El ataque tropezó con fuerte resistencia y hubo que recurrir a la bayoneta, pero después de una lucha que duró casi todo el día conseguimos brillantemente nuestro objeto, cogiendo 600 prisioneros.

El mismo día se efectuó un ataque contra la tercera brigada de infantería. El enemigo avanzó con gran determinación, pero con poca habilidad, y por lo tanto las pérdidas que le infligimos fueron muy grandes; unos 500 muertos fueron vistos cerca de Langemarck. Una correspondencia encontrada en un oficial hecho prisionero dió a conocer que los efectivos del cuerpo atacante quedaron reducidos a un cuarto en la lucha de aquel día.

Por la tarde, una división del 9.º cuerpo de ejército francés entró en línea y tomó posiciones en una parte antes ocupada por la segunda división, la cual, el 24, ocupó el terreno de la 7.ª división, desde Poelzelhoek a la carretera de Becelaere-Passchendaele.

El 24 y 25 rechazamos brillantemente repetidos ataques del enemigo.

En la noche del 24 al 25, la primera división fué relevada por tropas territoriales y se concentró cerca de Zillebeke.

Durante el 25, la segunda división, con la séptima a su derecha, y el 9.º cuerpo de ejército francés a su izquierda hizo buenos progresos hacia el NE. capturando algunos cañones y prisioneros.

El 27, me trasladé al cuartel general del primer cuerpo, en Hooge, para ver personalmente el estado en que se encontraba la séptima división.

A causa de las constantes marchas e incesantes combates, y de la guarnición que había hecho en Amberes, esta división había padecido grandes pérdidas y estaba muy debilitada. Decidí retirar temporalmente el cuarto cuerpo y colocar la séptima división con el primer cuerpo a las órdenes de sir Douglas Haig. La tercera división de caballería fué fraccionada también para que prestara servicio con el primer cuerpo. Envié al comandante del cuarto cuerpo con su cuartel general a Inglaterra, para que inspeccionara la movilización de la octava división.

Al recibir las órdenes que le envié, sir Douglas Haig distribuyó las tropas en esta forma:

- a). La séptima división desde el castillo al E. de Zandvoord a la carretera de Menin;
- b). La primera división desde el camino de Menin a un punto inmediatamente al O. de la aldea de Reyte;
- c). La segunda división cerca de la carretera de Moorslede-Zonnebeke.

A primera hora del 29 de octubre, un duro ataque contra el centro de la línea del primer cuerpo se desarrolló principalmente en la dirección del cruce de caminos que hay poco más de un kilómetro al E. de Gheluvelt. Casi todo el cuerpo tomó parte en el contraataque, y a las dos de la tarde el enemigo comenzó a ceder, y al oscurecer la altura de Kruiseik fué recobrada y la primera brigada volvió a establecerse al N. de la carretera de Menin.

Poco después de amanecer el 30, otro ataque se desenvolvió en la dirección de Zanvoorde, apoyada por un fuerte cañoneo. La tercera división de caballería tuvo que retirarse al borde de Klein Zillebeke, envolviendo en su retirada a la derecha de la séptima división.

Sir Douglas Haig describe la situación en aquel momento como muy peligrosa, porque los alemanes estaban en posesión de las alturas de Zanvoorde.

Nuevas investigaciones dieron a conocer que el enemigo había sido reforzado en este punto por todo el XV cuerpo alemán. El comandante del primer cuerpo ordenó se sostuviera a toda costa la línea Gheluvelt a la curva del canal. Así que esta línea fué ocupada, se ordenó a la segunda brigada que se concentrara a retaguardia de la primera división y de la cuarta brigada. Un batallón fué situado en reserva en los bosques dos kilómetros al S. de Hooge. Nuevas precauciones fueron tomadas por la noche para proteger los flancos, y el 9.º cuerpo francés envió tres batallones y una brigada de caballería para apoyarnos.

Las comunicaciones del primer cuerpo por Ipres estaban amenazadas por el avance del enemigo hacia el canal, por lo que se dieron órdenes para asegurar

nuestra línea, y así que esto se hubiera efectuado, recobrar la ofensiva.

Una orden cogida a un prisionero hizo saber que el general alemán von Beimling, decía que el XV cuerpo, con el XIII y el II bávaro, tenían que abrirse paso por Ipres; y que el mismo Emperador consideraba el éxito de este ataque como de vital importancia para el buen resultado de la guerra.

Tal vez el más importante y decisivo ataque (excepto el de la Guardia prusiana el 15 de noviembre) hecho contra el primer cuerpo mientras permaneció cerca de Ipres, fué el ejecutado el 21 de octubre.

El general Moussy, que mandaba el destacamento francés enviado el día anterior para apoyar el primer cuerpo, se movió al ataque a primera hora de la mañana, pero fué contenido y no pudo realizar ningún progreso.

Después de varios ataques y contraataques que duraron toda la mañana a lo largo del camino Menin-Ipres, al SE. de Gheluvelt, se ejecutó un fuerte ataque contra este lugar y quedó rota la línea de la primera división. Al S., la séptima división y la columna del general Bullin eran fuertemente cañoneadas. La retirada de la primera división expuso a la izquierda de la séptima, y por este motivo el regimiento de fusileros reales de Escocia, que había quedado en las trincheras, fué cercado y cortado. A la una y media de la tarde, otro fuerte ataque de infantería se desarrolló contra la derecha de la séptima división.

Poco después fueron cañoneados los cuarteles generales de la primera y segunda divisiones. El comandante de la primera división cayó herido y tres oficiales del cuartel general de la primera división y otros tres del cuartel general de la segunda fueron muertos. El comandante de la segunda división recibió una fuerte conmoción y quedó algún tiempo privado de sentido. El general Landson asumió el mando de la primera división.

Al recibir, a las 2,30, el parte del general Lomaz de que la primera división había retrocedido y que el enemigo se adelantaba con fuerzas importantes, el comandante del primer cuerpo dispuso que la línea Frezenberg-Westhoek-borde de la carretera Klein-Zillebeke-borde del canal, fuese mantenido a toda costa.

La primera división se reordenó sobre la línea de bosques al E. de la carretera, y el avance alemán fué contenido por los fuegos de enfilada del N. El ataque contra la derecha de la séptima división obligó a retirarse a la 22 brigada, dejando al descubierto la izquierda de la segunda brigada. El comandante de la séptima división echó mano de su reserva, apostada en el flanco, para restablecer su línea, pero, entretanto, la segunda brigada, viendo abandonado su flanco izquierdo, se había retirado. Por consiguiente, la derecha de la séptima división avanzó al mismo tiempo que se retiraba la izquierda de la segunda brigada, de lo cual resultó que la derecha de la séptima división quedó expuesta, pero pudo mantenerse en sus antiguas trincheras hasta el anochecer.

En la carretera de Menin, un contraataque de la izquierda de la primera división y la derecha de la segunda contra el flanco derecho alemán dió buen resultado, y a las 2,30 Gheluvelt fué recobrado a punta de bayoneta, llevando el peso del combate el

regimiento de Worcestershire, muy bien apoyado por la 42 brigada de artillería de campaña. La izquierda de la séptima división, aprovechando la toma de Gheluvelt, avanzó casi hasta su primitiva posición y se restableció el enlace entre las divisiones primera y séptima. También la toma de Gheluvelt alivió la presión de la brigada de caballería que estaba apoyando a la primera división. Dos regimientos de esta brigada fueron enviados a limpiar los bosques del S. E. y a cerrar el claro entre la séptima división y la segunda brigada. Avanzaron con mucha osadía, parte a caballo y parte a pie, y sorprendiendo al enemigo en el bosque causaron muchos muertos y contribuyeron a restablecer la línea. A las 5 de la tarde, la caballería francesa también llegó hasta el cruce de caminos al E. de Hooge, y envió un destacamento desmontado a apoyar a nuestra séptima brigada de caballería.

Durante todo el día, la extrema derecha y la extrema izquierda de la línea del primer cuerpo se mantuvieron bien, siendo ligeramente cañoneada la izquierda, mientras la derecha lo era fuertemente y sometida a algunos ataques de infantería. Por la tarde, el enemigo fué arrojado de los bosques frente a la séptima división y segunda brigada, y a las diez de la noche la línea que ocupábamos era prácticamente la misma que por la mañana. Durante la noche se restableció el contacto entre la derecha de la séptima división y la izquierda de la segunda brigada, siendo retirada en reserva la caballería, y no necesiándose ya los servicios de la caballería francesa. Como resultado de estos combates tuvimos 870 heridos que evacuar.

Estuve con sir Douglas Haig en Hooge entre 2 y 3 de la tarde, cuando se estaba retirando la primera división. Fué el momento más crítico de esta gran batalla. La reunión de la primera división y la recaptura de Gheluvelt tuvieron inmediatas consecuencias. Si alguna unidad ha de ser especialmente señalada, es la de los Worcersters.

7.—El centro de mi línea, ocupado por el tercer cuerpo y el cuerpo de caballería fué reciamente acometido por fuerzas que iban en aumento.

El 20 de octubre, las avanzadas de la 12 brigada de la cuarta división, tercer cuerpo, se vieron obligadas a retirarse, y al obscurecer era evidente que los alemanes trataban de ejecutar un ataque resuelto. Este terminó con la ocupación de Le Gheir por el enemigo.

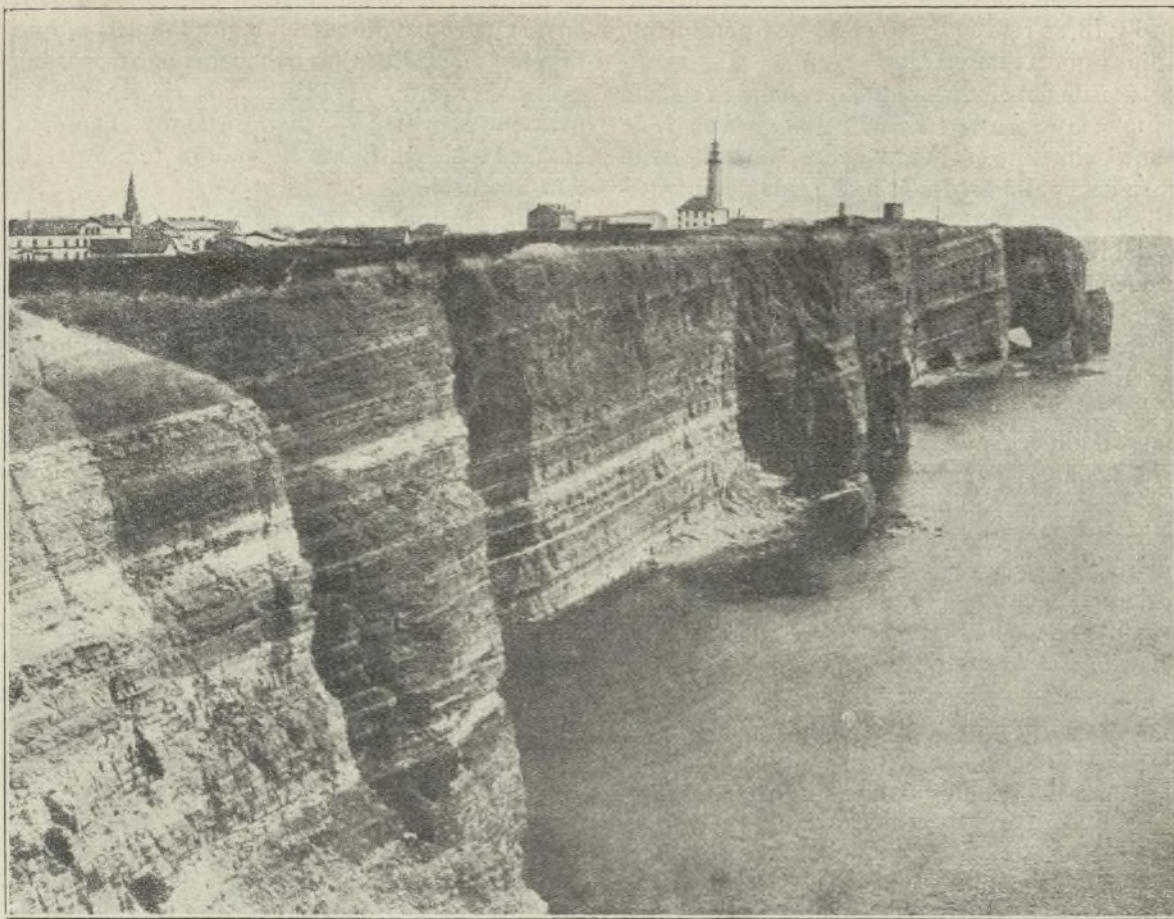
Como la situación de la caballería en Saint Yves resultaba por consiguiente expuesta, el general Hunter-Weston y el teniente coronel Anley resolvieron ejecutar un contraataque, que dió buen resultado, siendo los alemanes arrojados atrás con grandes pérdidas, y reocupamos las trincheras que habíamos abandonado. Tomamos 200 prisioneros y fueron libertados unos 40 de los nuestros.

(Siguen algunos párrafos de recomendación de cuerpos y jefes).

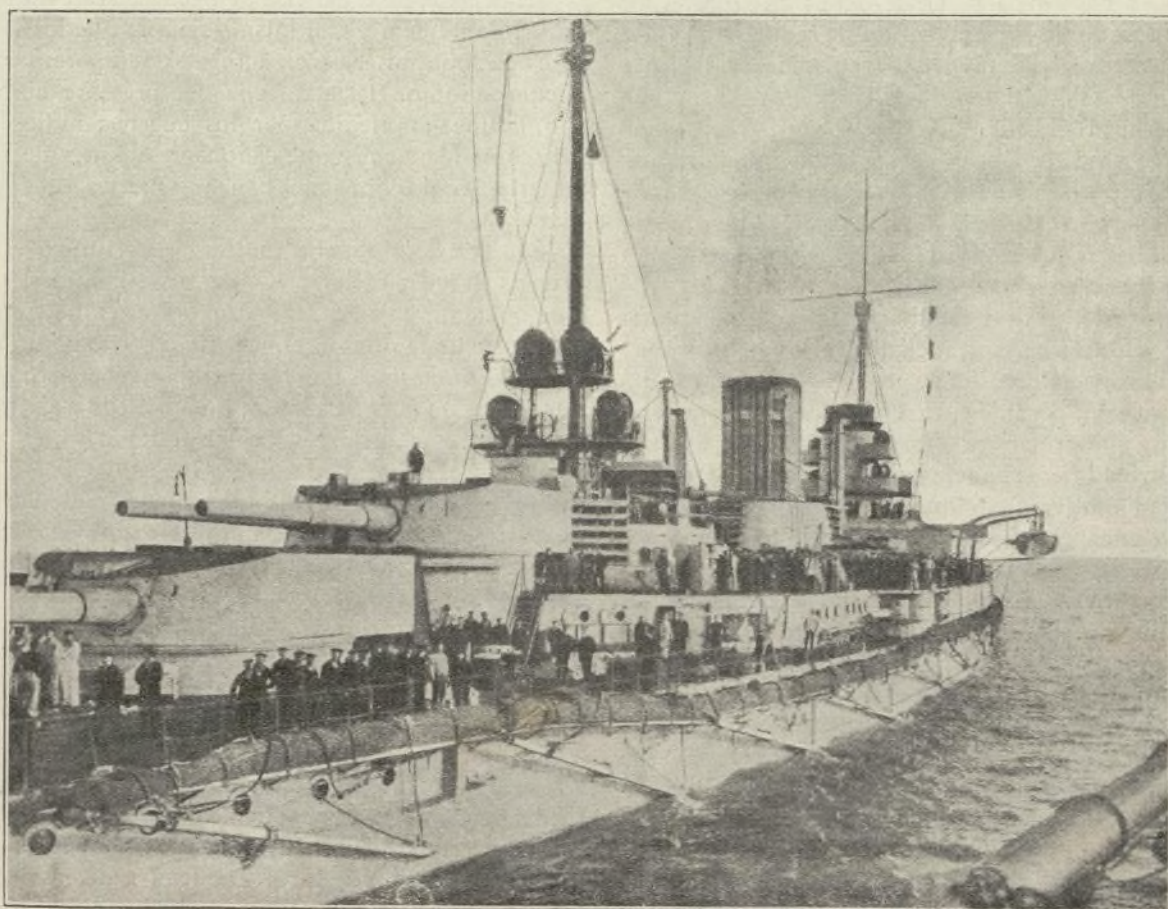
Durante las jornadas del 22, 23 y 24 de octubre fueron ejecutados frecuentes ataques contra toda la línea del tercer cuerpo, y especialmente contra la 16 brigada de infantería, pero siempre fué rechazado el enemigo con pérdidas. En la noche del 25 de octubre, el regimiento de Leicestershire fué arrojado de sus trincheras por el fuego de artillería; y después



Una carga de cosacos en Lituania. (Dibujo de Brunet)



Costas acantiladas de la isla Heligoland, base naval de la escuadra alemana



El crucero acorazado turco «Sultán Yavus Selim» (antes «Goeben»)

de una investigación por los comandantes de las brigadas 16 y 18, se resolvió retroceder temporalmente a una línea más a retaguardia.

En la tarde del 29 de octubre, el enemigo ejecutó un fuerte ataque contra Le Gheir y la línea al N. de este punto, sin éxito. A media noche, otro resuelto ataque se desarrolló contra la 19 brigada de infantería al S. de Croix-Maréchal. Una parte de las trincheras del regimiento de Middlee fueron tomadas por el enemigo, pero luego fueron recobradas con la ayuda de un destacamento de los regimientos de Argyll y Highlanders Sutherland de la brigada de reserva. El enemigo que había en las trincheras fué muerto o cogido prisionero. Según manifestaron los prisioneros, allí había doce batallones contra nuestra brigada. Los alemanes abandonaron unos 200 cadáveres y cogimos 40 prisioneros.

En la tarde del 30, la línea de la undécima brigada de infantería cerca de Saint Yves fué rota. Un contraataque dirigido por el comandante Prowse con el de ligeros de Somerset, restableció la situación. Este oficial ha sido recomendado para una recompensa especial.

El 31 de octubre, fué necesario que la cuarta división ocupara las trincheras de la extrema derecha de la primera división de caballería, aunque esta medida obligó a prolongar la línea del tercer cuerpo.

8.—El 20 de octubre, el cuerpo de caballería, mientras trataba de forzar la línea del río Lys, fué atacado por el S. y el E. Por la tarde, la primera división de caballería sostuvo la línea Saint Yves-Messines; la segunda desde Messines por Garde Dieu a Houthem y Kortewilde.

A las cuatro de la tarde del 21 de octubre, un fuerte ataque se dirigió contra la segunda división de caballería, que tuvo que retroceder a la línea Messines—kilómetro 9 de la carretera Warneton-Ostaverne-Hollebeke.

El 22 envié la séptima brigada de infantería india, menos un batallón, a Wulverghem, para apoyar el cuerpo de caballería. El general Allenby envió dos batallones a Wytschaete y Voormezele, para que se pusieran a las órdenes del general Goug, comandante de la segunda división de caballería. El 23, 24 y 25 fueron pronunciados varios ataques contra el cuerpo de caballería, pero el enemigo resultó repelido con pérdidas. El 26, encargué al general Allenby que procurara tomar una línea más avanzada, moviéndose de concierto con la séptima división. Pero la tentativa tuvo que abandonarse porque el último cuerpo no parecía en estado de tomar la ofensiva. El 30, fuertes ataques de infantería, apoyados por un vivo fuego de artillería, se desarrollaron contra las divisiones segunda y tercera de caballería, sobre todo contra las trincheras cerca de Hollebeke, mantenidas por la tercera brigada, que a la 1'30 tuvo que evacuarlas; la segunda brigada, menos un regimiento, se movió hasta un punto entre Oostaverne y Saint Eloi, en apoyo de la segunda división de caballería. La primera de esta arma, cerca de Messines, también fué amenazada por una fuerte columna de infantería. El general Allenby retuvo los dos batallones indios, aunque estaban en condiciones de gran fatiga.

Después de un serio examen de la situación y de

consultar con el general del cuerpo de caballería, envié cuatro batallones del segundo cuerpo, que había sido relevado en las trincheras por tropas indias, a Neuve Eglise, mandados por el general Shaw, para que apoyasen al general Allenby. También fué enviado a Neuve Eglise el batallón territorial London Scottisch.

(Siguen unos párrafos de elogio de la caballería).

9.—La división de Lahore llegó al área de concentración detrás del segundo cuerpo el 19 y 20 de octubre.

He referido ya la excelente conducta de los batallones de esta división enviados a apoyar a la caballería.

El resto de la división se ocupó, desde el 25 en adelante, en auxiliar a la séptima brigada del segundo cuerpo en los combates alrededor de Neuve Chapelle. Otra brigada ocupó parte del terreno que antes tenía el primer cuerpo de caballería francés y prestó excelentes servicios.

El 28 de octubre, el 47 de Sijs y las compañías 20 y 21 del 3º de zapadores-minadores se distinguieron por su valerosa conducta en el ataque de Neuve Chapelle, perdiendo muchos oficiales y soldados. Después de la llegada de la división de Meerut al cuartel general, el cuerpo de ejército indio ocupó la línea que había tenido el 2º cuerpo, que fué llevado en parte a la reserva. Dos brigadas y media de infantería británicas y una gran parte de la artillería del segundo cuerpo quedaron para apoyar al cuerpo indio en la defensa de la línea. Dos batallones y medio de estas brigadas fueron devueltos al segundo cuerpo cuando la brigada de Ferozepore se unió al cuerpo indio.

La brigada de caballería de Secunderbad llegó el 1º y 2 de noviembre, al mismo tiempo que los lanceros de Jodhpur. Fueron agregados temporalmente al cuerpo indio. Hasta la fecha del presente despacho, la línea mantenida por los cuerpos indios ha sido sometida a constante cañoneo y ataques de infantería. En dos ocasiones han sido fuertes estos ataques.

El 13 de octubre, el 8º de tiradores Gurjas de la brigada Bareilly fué arrojado de sus trincheras, y el 2 de noviembre se desarrolló un fuerte ataque contra una parte de la línea al O. de Neuve Chapelle. En esta ocasión la línea fué rota en parte, y tuvo que retroceder un poco. La situación no llegó a ser más seria gracias a las acertadas disposiciones del coronel Norie, del 2º de tiradores Gurjas.

Desde su llegada al país y la ocupación de la línea, he quedado muy bien impresionado por la iniciativa y recursos desplegados por las tropas indias. Algunas de las estratagemas de que se han valido han dado los mejores resultados, y sin duda han mantenido a su frente fuerzas enemigas superiores.

(Siguen unos párrafos de elogio para estas tropas).

10.—Mientras toda la línea ha sido duramente atacada, los principales esfuerzos del enemigo a partir del 1º de noviembre se han concentrado contra la línea del primer cuerpo británico y 9º francés, para tomar así posesión de Ipres. Desde el 2 de noviembre, el XXVII, el XV y parte del bávaro, XIII y 2º alemanes, además de otras tropas, han luchado contra esta línea del norte.

El 10 del corriente, después de haber sido rechazadas varias unidades de estos cuerpos en sus ataques, una división de la Guardia prusiana, que había estado operando en las cercanías de Arras, llegó a este sector con gran rapidez y secreto. Documentos que se encontraron en algunos oficiales muertos prueban que la Guardia había recibido el especial encargo del Emperador de romper nuestra línea y triunfar donde sus camaradas habían fracasado. Aquella tropa tomó una parte considerable en los vigorosos ataques efectuados contra el centro el 11 y 12, pero también fué rechazada con enormes pérdidas.

(Siguen largos párrafos de encomio para todos y cada uno de los generales y todas las tropas. Sólo tiene importancia el penúltimo apartado del parte, que daremos a conocer por separado por aludir a la campaña de Rusia).

LOS ATAQUES CONTRA NANCY

Las cuatro líneas de ataque contra Nancy fueron: Pont-a-Mousson al N.; Chateau-Salins, al N. E.; Cirey al E.; Saint Dié, al S. E. Los alemanes eligieron estos caminos porque eran los más fáciles para alcanzar su objetivo. Desde Saint Dié corre a lo largo el amplio valle del Meurthe y su tributario el Mortagne; desde Cirey se dirige a Luneville otro afluente del Meurthe, el Vezouse; desde Chateau-Salins avanza la carretera entre los bosques de Champenoux y Saint Paul; y desde Metz al S. se encuentra el canal del Mosela y el Meurthe, siendo el terreno hasta Nancy llano y sin obstáculos. Pero, junto a los pueblos y aldeas de esta comarca, se encuentran a intervalos irregulares unas líneas de alturas cubiertas de bosques, llamadas el Gran Couronné de Nancy, que es donde se había hecho fuerte la defensa de los franceses. Al N. de estas alturas se alzan otras eminencias de unos 300 metros a cada lado del Meurthe, que se extienden hasta Nancy, a la que rodean desde el S. hasta un punto situado al N. E. Al S. los otros segmentos de la circunferencia son llanuras que se pierden en el horizonte, con ligeras colinas de vez en cuando. El más importante de tales lugares es la meseta de Amance, diez kilómetros al N. E. de la ciudad, con los bosques de Champenoux y San Pablo detrás, al N. y al S. de Chateau-Salins, y luego, un poco más al E. en la dirección de Luneville y Cirey, los bosques de Vitrymont y Parroy.

Los dos primeros cuerpos de ejército empeñados en la invasión de Lorena fueron bávaros: el regimiento bávaro número 60, el 99 de Saverna y sus cuerpos de reserva, el 299 y otros varios de todas las armas. Habían salido de Estrasburgo y entrado en Francia por los altos pasos de los Vosgos, entre Cirey y Bacarrat, avanzando luego a lo largo de los tres valles que conducen a Luneville y el grupo de pueblos que le rodean. El tercer cuerpo, compuesto también de bávaros, con artillería pesada y alguna caballería prusiana, formada por uhlanos y coraceros blancos de la Guardia, llegó de Saarburg y marchó por Chateau Salins, trabando una serie de sangrientos combates con los franceses en un segundo grupo de pueblos que se encuentran alrededor del bosque de Champenoux. Casi al mismo tiempo, una

parte del ejército de Metz, que comenzaba a marchar hacia el O., en dirección de Verdun, conversó luego hacia el S., con su derecha a la altura de Saint Mihiel sobre el Mosa y su izquierda en Pont-a-Mousson sobre el Mosela, y tomó participación en el ataque de Nancy.

Estas operaciones estaban en pleno desarrollo en la cuarta semana de agosto, después de haber sido rechazada la invasión francesa en Lorena. El 4 de agosto, apenas fué declarada la guerra, las tropas francesas que se habían mantenido, sin saberlo los alemanes, unos pocos kilómetros detrás de la frontera, iniciaron un movimiento de avance sobre Saarburg en una línea que se extendía desde Chateau-Salins a Cirey. Al mismo tiempo los alemanes bombardearon Badonwiller y Bacarrat, dos pequeñas ciudades cerca de Cirey, y el mismo Cirey, y finalmente las ocuparon durante cinco o seis días antes de retirarse a Alemania, llevando consigo un cierto número de desgraciados rehenes.

Entre tanto el avance general de los franceses se desarrolló con éxito en toda la línea sobre la frontera, desde Pagny-sur-Moselle, junto a Metz, hasta cerca de Belfort al S. En el extremo N. de esta línea, en Cirey, los alemanes estaban iniciando la ofensiva, y Pagny y Pont-a-Mousson fueron bombardeados el 13, 14 y 15 de agosto por los cañones del fuerte Saint Blaise, junto a Metz. Al S. de Cirey, los franceses, después de un furioso combate, ocuparon el 10 de agosto los pasos de Bonhomme y Santa María de las Minas, el centro de los Vosgos, y penetraron en la Alsacia. La situación a los ocho o diez días de declarada la guerra, era que los franceses ejecutaban los movimientos avanzados en territorio alemán, uno al N. y otro al S. y poseían la parte central de los Vosgos, entre ambas líneas, mientras que los alemanes se mantenían en los extremos de los Vosgos y ejecutaban dos pequeños avances sobre las alas francesas, en Pont-a-Mousson y Cirey.

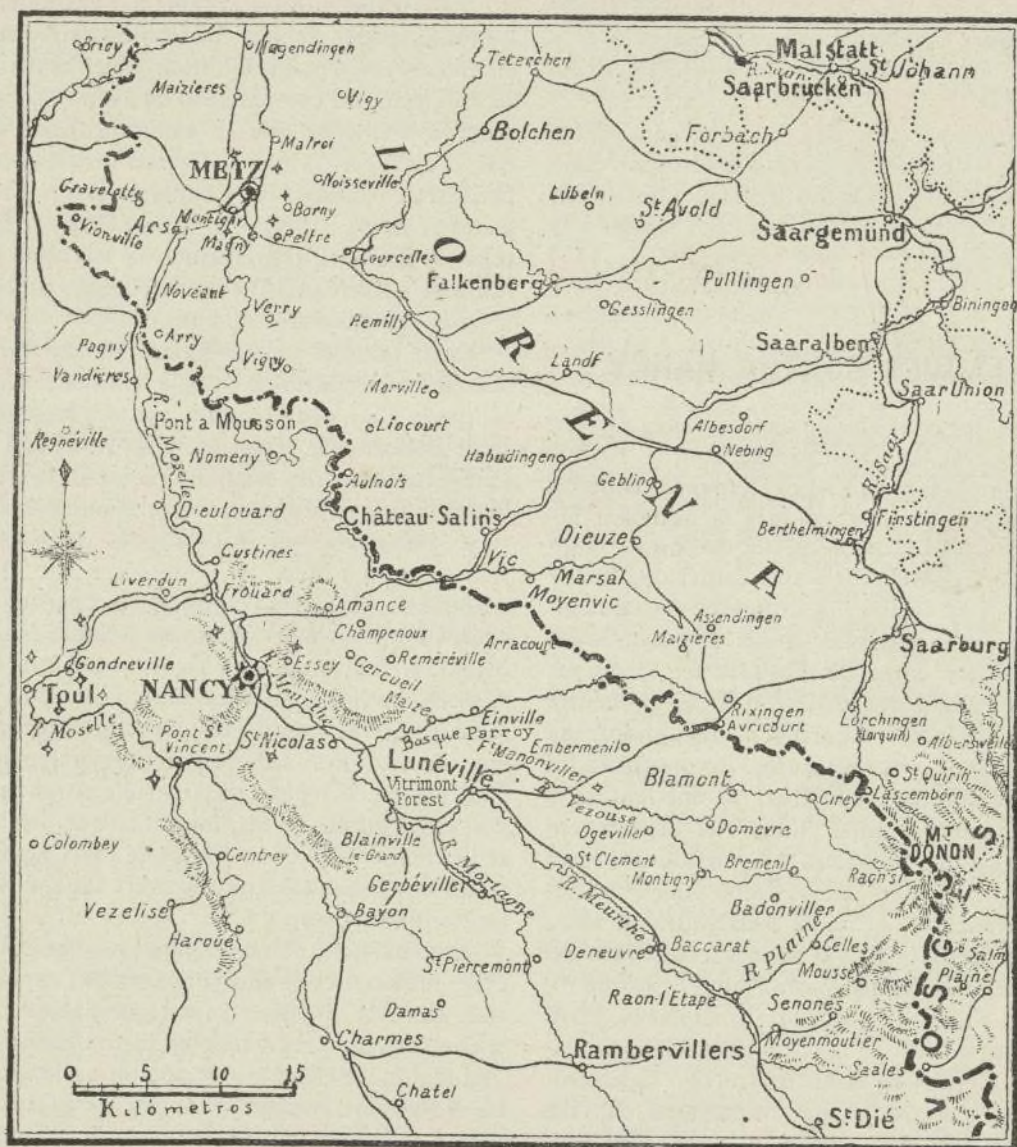
Pero existía una razón para que ambos partidos emprendieran estos movimientos contrapuestos. En cada caso, la ofensiva se dirigía contra una plaza fuerte. Los ataques alemanes contra Pont-a-Mousson y la región de Cirey y su posición en la punta N. de los Vosgos estaban apoyados por las plazas de Metz y Estrasburgo, y del mismo modo la invasión francesa en Lorena (entre Metz y Estrasburgo) y Alsacia, y su avance en las faldas de los Vosgos, se basaban a retaguardia en Toul, Belfort y Epinal.

El primer cambio en la dirección de estos movimientos tuvo lugar en la frontera, junto a Cirey, donde las fuerzas alemanas que la habían ocupado, así como las de Bacarrat y Badonwiller, tuvieron que replegarse hacia Estrasburgo. No hubo otro cambio importante hasta el 20 de agosto, cuando el avance victorioso de los franceses sobre Saarburg recibió un desastroso descalabro ante el gran campo militar del Mortagne, en el cual lugar los alemanes reunieron fuerzas muy superiores. Los franceses tuvieron que repasar la frontera. Debe agregarse, sin embargo, que habían padecido muchas bajas y que detuvieron su huida y restablecieron cierto orden en las tropas, tan pronto como fueron apoyados por la artillería francesa y los cuerpos frescos de reserva. Pero el avance francés había terminado. Todas las corrientes seguían ahora el mismo camino: hacia Nancy,

excepto en el extremo S, frente a Belfort. Los combates tuvieron el carácter de un severo encuentro de retaguardia, de la misma manera que se verificó cuando las tropas aliadas se retiraron de Bélgica, y el ejército del general Castelnau se replegó a la posición marcada por el Meurthe al S. de Luneville, el canal del Marne y el río Seille, y luego retrocedió todavía más al valle del Mortagne y a un frente que se extendía al N. en la misma dirección, hasta Cham-

parte de ellas fué despachada al N., donde su necesidad era perentoria.

Sea exacta o no esta hipótesis, lo cierto es que el peso de la defensa de Nancy recayó principalmente sobre las guarniciones de Toul y Nancy, y que estas tropas, aunque muy inferiores en número a las enemigas, justificaron brillantemente la confianza en ellas depositada. En su retirada al Gran Couronné, las retaguardias francesas estuvieron continuamente



Plano de los combates de Nancy

penoux. Detrás de la línea, que prácticamente coincide con el gran Couronné de Nancy, los alemanes no llegaron a poner su planta.

Aunque la distancia de Mortagne a Champenoux es sólo de unos 32 kilómetros, el avance de los alemanes fué muy rápido al principio. Esto tal vez se debió a que por este tiempo habían sido reducidos los contingentes franceses de la frontera del E. Antes de la guerra, se concentró un gran ejército en el E., sin duda creyéndose que la principal invasión alemana tendría lugar por la frontera de Lorena, aunque ya la violación de la neutralidad de Bélgica había sido prevista por muchos escritores militares. Cuando se levantó el telón, una parte de este ejército se empeñó en la invasión de Lorena. Pero cuando fracasó la invasión se consideró que no eran menester tantas fuerzas para mantenerse a la defensiva y una gran

parte de ellas fué despachada al N., donde su necesidad era perentoria. Sea exacta o no esta hipótesis, lo cierto es que el peso de la defensa de Nancy recayó principalmente sobre las guarniciones de Toul y Nancy, y que estas tropas, aunque muy inferiores en número a las enemigas, justificaron brillantemente la confianza en ellas depositada. En su retirada al Gran Couronné, las retaguardias francesas estuvieron continuamente en contacto con los alemanes, y tuvieron que retroceder sin cesar de combatir, a una velocidad casi incompatible con el buen orden que ha de conservar un ejército en retirada. Tres días después de su victoria en el Mortagne, el primer ejército alemán había reocupado Cirey y Badonviller, bombardeado y ocupado Blamont, entre Cirey y Lunéville, destruido completamente el fuerte de Manonviller, y entrado en el mismo Lunéville. Al mismo tiempo, o dos o tres días después, el segundo ejército (único que cruzó los Vosgos más al S.) ocupó Saint Dié y Raon-l'Étape sobre el Meurthe, y Rambervillers y Berbéviller sobre el Mortagne, reuniéndose con el primer ejército en Lunéville; el tercer ejército había comenzado su ataque a Champenoux y los pueblos inmediatos, el 22 de agosto, y las tropas de Metz cooperaban tratando de ganar Amance por el N.

El enemigo ejecutaba habilmente sus movimientos y conduciéndose como buen ejército. El principal ataque se redujo a dos líneas, desde Luneville y Champenoux. Luneville fué sacrificado por los franceses, como uno sacrifica en el ajedrez la torre para salvar la reina: Nancy era la reina de Lorena.

Los generales Castelnau y Pau jugaron bien y al terminar la partida yacían 10.000 muertos alemanes en los campos y bosques de Luneville (parcialmente incendiado por los alemanes y bombardeado por los franceses) y otros 20.000 entre Nancy y Champenoux. El 6 de septiembre, el emperador alemán hizo una última desesperada tentativa para conquistar la victoria, ordenando a sus famosos coraceros blancos de la Guardia Imperial que asaltaran el fuerte de

Amance, el cual con su artillería había hecho más por los franceses que las tropas de campaña. No consiguió su propósito, y después del débil bombardeo de Nancy en la noche del 9 de septiembre, los alemanes fueron batidos y supieron que simultáneamente habían perdido la batalla del Marne. Así, mientras sus tropas de aquella parte del frente retrocedían sobre el Aisne, el asaltante de Nancy se pronunció en plena retirada. El 12 de septiembre, después de una ocupación de tres semanas de Luneville, fué evacuada esta ciudad, y todas las fuerzas de aquel sector retrocedieron hacia la frontera, quedando libres casi todas las ciudades y pueblos de Lorena.

(De *The Times*)

CRÓNICA MILITAR

I. Napoleón y la guerra actual.—II. Vacilación en el plan de campaña de los rusos.—III. La ofensiva de los aliados en Francia y Flandes.—IV. La situación el 26 de diciembre

I.—Napoleón y la guerra actual

Con motivo de la paralización de las operaciones en el teatro occidental, de las alternativas de la campaña en Galizia y en Serbia y de las pausas que se observan entre las batallas libradas en Polonia, se ha puesto de moda comparar las campañas napoleónicas con la presente. Claro es que de la comparación salen malparados los generales de nuestros días, llámense alemanes, ingleses, rusos o franceses. Las críticas más severas contra los caudillos de ahora se refieren a la poca actividad de sus movimientos y maniobras, tan diferentes de aquellos otros, resueltos, imprevistos y contundentes, que caracterizaban la ofensiva napoleónica.

Parte de razón hay en estas críticas, que, sin embargo, en el fondo carecen de fundamento.

Por de pronto, es imprudente tomar la figura de Napoleón como patrón para aquilatar el mérito de ningún general, porque aquel capitán fué una excepción de la historia, un genio extraordinario con el que sólo pueden rivalizar Alejandro, Aníbal y César; y si el número de estas extraordinarias figuras de la guerra se reduce a cuatro desde los más remotos tiempos de la antigüedad, no hay derecho a rebajar a los generales de nuestros días porque no lleguen a la altura de aquellos otros. Los genios aparecen muy de tarde en tarde, y son verdaderos fenómenos de la humanidad, sin que se les deba tomar como términos de comparación.

Prescindiendo de este aspecto de la cuestión, olvidan los que no dejan caer de sus labios el nombre de Napoleón, muchas circunstancias que compendiadamente resumiré.

Napoleón no fué un genio para sus contemporáneos. Todos le diputaron gran general, pero sin reconocer en él un hombre de sobresaliente relieve y de una capacidad genial; sus mismos tenientes, los mariscales del Imperio, distaban mucho de tener del Emperador el concepto que nosotros hemos formado. Hasta bastante después de la muerte del glorioso corso en Santa Elena, los historiadores militares, calmadas las pasiones y los rencores despertados por

tantos años de guerra, no comenzaron a hacerle la justicia que se merecía; y a medida que los años trascurrieron se fué agigantando su figura hasta llegar a revestir sus verdaderas proporciones.

El mérito de Napoleón, con ser extraordinario, no reside tanto en la claridad de concepción y la energía y vigor de la ejecución, como en la originalidad de su principio capital, el que le sirvió para resolver las campañas desde el doble punto de vista estratégico y táctico: el principio de la masa, de la superioridad de fuerzas en el punto decisivo. Este principio ha sido conocido en todos los tiempos, y aplicado por todos los buenos generales, pero sólo a los genios les ha sido dado emplearlo en toda su pureza y poner al servicio del mismo los elementos que les facilitaba la época en que florecieron. En esto estriba la originalidad. Si César en las Galias se valió de la fortificación de campaña para conseguir la superioridad en un lugar determinado; si Aníbal se sirvió de la caballería y de la infantería ligera para ocultar la concentración y la acometida de su masa principal; si Alejandro supo entretener con débiles fuerzas al adversario mientras desarrollaba sus maniobras envolventes; y si Napoleón no vacilaba en sacrificar algunos cuerpos ante tropas superiores, para reunir el mayor golpe de soldados en los puntos decisivos, también los caudillos de segundo orden, Gustavo Adolfo, el Gran Capitán, el duque de Alba, Federico, Turena, hicieron lo mismo, con la diferencia capital de que los verdaderos genios extendieron el principio de la superioridad al terreno de la estrategia y en el de la táctica lo llevaron a su límite extremo.

Por otros procedimientos, este método es el preconizado y constantemente aplicado por los alemanes desde 1864 acá, y seguido luego con carácter general por los demás ejércitos del mundo, aunque no con aquella valentía y aquella seguridad de Napoleón. Y en la presente guerra no se ha resuelto de otra manera el choque que dió por resultado la conquista de Bélgica y la invasión de Francia, así como la derrota de los austriacos en las batallas de Lemberg.

La guerra actual tiene muy diferentes caracteres que las napoleónicas. No sería ya posible repetir en nuestros días las maniobras del Emperador; en su tiempo los ejércitos tenían un efectivo relativamente débil y no había medio de reponer pronto las bajas ni de improvisar otras tropas. Una vez derrotado un ejército de cien mil, de doscientos mil hombres, quedaba vencido el enemigo y tenía que entregarse a merced de su adversario, de manera que la suerte de las naciones dependía de que la fortuna acompañara o fuera adversa a un puñado de hombres. Una victoria decisiva bastaba para resolver la guerra, y de aquí el brillo y la resonancia de algunas batallas ganadas por Napoleón. Posteriormente, gracias al servicio obligatorio, no aconteció ya lo mismo. La victoria más esplendorosa de nuestros tiempos fué la de Sedán, y sin embargo ella no acabó la guerra: brotaron ejércitos franceses y la campaña aún se prolongó más de cinco meses. Ahora, la derrota de un ejército de medio millón, de un millón de hombres, no significa el aniquilamiento de ninguna gran potencia: detrás de aquella masa surge otra mayor y hay que volver a comenzar. Sería menester que en un solo campo de batalla se reunieran todas las fuerzas militares de una nación para que las batallas actuales merecieran el nombre de napoleónicas; pero como aun siendo ello posible la extensión del campo de batalla mediría centenares de kilómetros, tampoco cabría que una sola voluntad y una sola energía imprimiera unidad y diera efecto simultáneo a los movimientos de todas las fracciones. La historia, sin necesidad de salir de las campañas de hace poco más de un siglo, lo confirma: en la campaña de Italia, con efectivos de treinta, cuarenta, lo más de ochenta mil hombres, la rapidez, la sorpresa y la energía resuelven las batallas y estas tienen efectos inmediatos y decisivos. En cambio, en 1813 los efectivos son ya mayores, y los grandes encuentros no conducen a una solución tan directa ni son tan decisivos; la guerra se prolonga, comienza a presentarse la necesidad de librar más de una batalla y la figura del Emperador, a pesar de haber llegado al pináculo de su genio, no puede ya abrazar todo el campo de batalla ni guiar con mano firme a sus tenientes. Se inicia la declinación de la gloria imperial, y es ya patente que un solo hombre, por grande que sea su capacidad, no puede abarcarlo todo.

Lo mismo sucede en 1814: con un ejército pequeño, el Emperador se revuelve contra sus numerosos enemigos y realiza aquella inmortal campaña, acaso la mejor de todas, de la que, sin ser vencido tácticamente, sale derrotado y humillado. Nadie puede ya dudar que aquello es el fracaso de la estrategia napoleónica, de aquella estrategia cortada a medida del curso inmortal, y que sólo puede conducir a buenos resultados, a condición de que el caudillo se encuentre en todas partes y dirija directamente los movimientos de sus tropas en el tablero estratégico.

No obstante, perdura largos años la sugestión y transcurre medio siglo sin patentizarse que, mejor que el genio casi sobrehumano de un caudillo, es la unidad de doctrina de la corta colectividad de hombres escogidos que han de ponerse a la cabeza de los ejércitos: este es el triunfo de Moltke, compendio de los métodos alemanes: no se fía el éxito al genio,

cuya aparición sólo depende de Dios, sino a la instrucción y adecuada preparación del alto mando.

En tiempo de Napoleón, cuando uno de los mariscales se encontraba lejos del Emperador, vacilaba, se veía perplejo, irresoluto, y a menudo se equivocaba; según el método alemán, no se busca una inteligencia soberana que lo presida y lo gobierne todo, sino la formación de generales que todos piensen de la misma manera, de tal modo que cada cual sepa cómo se conducirá su colega distante de él centenares de kilómetros, y que la acción se verifique de la misma manera cualquiera que sea quien mande, con independencia de la personalidad del jefe. Esto no es más que una adaptación de los métodos napoleónicos a las exigencias de los tiempos: aquella unidad que el Emperador quería tener concentrada en sí mismo, se distribuye ahora en varios generales.

Se dice que Napoleón no se hubiera conducido como los alemanes, cuando éstos interrumpieron su ofensiva en Francia para acudir al peligro de Rusia; pero la historia nos dice lo contrario. Entre la guerra de España y la de Rusia, el gran jefe de ejército opta por esta última; y al desentenderse de los asuntos de España, que a no otra cosa equivale querer dirigirlos de lejos, la fortuna huye de sus ejércitos en España y es derrotado. Pudo haber evacuado la Península y reunido todas sus tropas para llevarlas al lugar que estimaba más importante, y en vez de obrar así trató de desarrollar las dos guerras a un tiempo: el resultado es sabido de todos. En cambio, los alemanes detienen su ofensiva en Francia, pero no son derrotados allí; es verdad que no avanzan, pero no es menos cierto que tampoco retroceden; y entre tanto tratan de resolver la campaña en Rusia. Por este lado no salen dañados los alemanes de la comparación.

En el concepto táctico, la batalla de Tannenberg está a la altura de las más brillantes victorias de Napoleón. Si los rusos no hubieran dispuesto de reservas de millones de hombres, el 6 de septiembre habría terminado la campaña, como después de Austerlitz la de los tres emperadores. Pero al medio millón de rusos que fueron deshechos en la Prusia oriental, sucedió muy pronto una masa de otros dos millones y fué menester volver a batallar; ¿qué habría pasado si después de Austerlitz, Rusia hubiera puesto en campaña, al mes de aquella, cien o doscientos mil hombres más, y otros tantos Austria? ¿Hubiera llegado a nuestros días el nombre de Austerlitz con el brillo que tiene?

Compárese el teatro de operaciones de la campaña de Rusia en tiempo de Napoleón, con el actual, mucho mayor y extenso; compárese el efectivo de las tropas del Emperador, poco más de medio millón de hombres, y el del ejército ruso, bastante inferior, con el de los dos millones de austro-alemanes y tres o cuatro millones de moscovitas de ahora; recuérdese que las victorias de aquel caudillo en su avance hasta Moscú fueron menos completas que las de los alemanes en Prusia y en Polonia; pero, sin embargo, detrás del ejército que se batía contra el Emperador no había nadie, mientras que ahora, después de una masa deshecha y puesta en dispersión, aparece una segunda y una tercera todavía más numerosa. De aquí que las consecuencias estratégicas de las victorias sean menores en la presente campaña.

Finalmente, hace un siglo, la impedimenta de los ejércitos no era comparable con la de los actuales; sólo por razón del gran consumo de municiones, consecuencia de las armas de tiro rápido, se necesita un número de carruajes inmenso y la organización de enormes convoyes, cuyos movimientos, siempre lentos, quitan libertad a las maniobras de las tropas. Y el abastecimiento de un ejército de millones de soldados es un problema difícilísimo. Por la pequeñez de los ejércitos, por no ser éstos propiamente la nación en armas y por la naturaleza misma de las guerras, ni se despoblaban hace un siglo los países, ni era imposible vivir sobre el país; ahora es otra cosa muy diferente: las comarcas que invade el enemigo quedan desiertas, muertas, sin recursos ni brazos; todo o casi todo hay que transportarlo desde muy lejos y ello exige tiempo y se opone a los movimientos rápidos, que es lo mismo que aconteció hace un siglo con aquellos países, España y Rusia, cuyos habitantes se lanzaron a la guerra o abandonaron sus hogares.

Por consiguiente, no hay motivo para sacar tanto a relucir la grandiosa figura de Napoleón; la comparación no cabe, ni puede hacerse en un mismo plano. Si viviera Napoleón, no se conduciría en la actualidad como en la época en que floreció; cómo obraría, lo ignoro, y lo ignoran todos, porque para saberlo se necesitaría ser un genio como él.

II.—Vacilación en el plan de campaña de los rusos

Recordando a grandes rasgos los caracteres salientes de las maniobras estratégicas desarrolladas en los dos teatros de la guerra, se advierte enseguida que al presentarse una situación crítica que no podía afrontarse en buenas condiciones, el comandante en jefe, fuera alemán o francés, no vaciló en dar la orden de retirada y prosiguió el retroceso hasta ocupar una posición que le sustrajera a los golpes del enemigo.

Después de Charleroi y de los infructuosos contraataques de los aliados en las jornadas del 25 al 28 de agosto, el general Joffre dispone la retirada general, y no se detiene en el Aisne, ni siquiera en el Marne, sino que ordena alcanzar la línea del Sena. Los alemanes, a su vez, cuando se encuentran ante fuerzas superiores no vacilan en retroceder y abandonan parte del terreno conquistado, haciendo alto en las posiciones del Aisne, preparadas de antemano para ejecutar una vigorosa defensiva. En el teatro del Este, cuando Hindenburg a la vista de Varsovia comprende que una masa enemiga mucho más fuerte que su ejército propio va a tomar la ofensiva, cambia radicalmente la dirección de marcha y a toda prisa retrocede hacia el O.; no busca en Polonia lugares donde hacerse fuerte y detener el avance de los rusos, sino que lo que pretende y consigue es ponerse fuera del alcance de su enemigo para tener tiempo de recibir refuerzos y adoptar las disposiciones más en armonía con las circunstancias; en el Varta, cuando ya se ha perdido el contacto con las vanguardias rusas se detiene por fin, y de allí parte para su segunda ofensiva enérgica y resuelta.

Hasta en el mismo campo austriaco, cuyo alto mando no está indiscutiblemente a la altura del ale-

mán, se abandona sin titubear la Galizia primero, y más tarde se evacua Serbia, pese a las ventajas conseguidas hasta entonces. Cabalmente estas resoluciones, que revisten la forma de retiradas, son las más difíciles de tomar y las que más acreditan la fuerza moral de un ejército y la confianza del mando en sí mismo, porque se enderezan a fines decisivos y no a éxitos parciales, sin ninguna influencia en el resultado general de las operaciones.

Los rusos no han obrado de esta manera. Deshecho el ejército del Narev en la batalla de Tannenberg, todavía titubea Rennenkampf antes de emprender la retirada; y las vanguardias de Hindenburg tienen tiempo de atacarle de flanco y obligarle a ejecutar por la fuerza lo que de buen grado no hubiera tenido trascendencia funesta sobre los moskovitas. Retrocede Hindenburg desde la línea del Vístula al Varta, en el mes de octubre, y los rusos, aunque todavía no han reunido todas sus fuerzas del ejército del centro en la Polonia, siguen en pos de él; son derrotados en Kolo y Konin, primero, y enseguida en Vroclavicz. Al mismo tiempo aparece ya el peligro que va a amenazarles por el S., o sea el avance de los austro-alemanes en la región de Czenstochova, pero lo desprecian y entablan una tercera batalla, en Kutno, tan desfavorable para ellos como las dos primeras. No han escarmentado todavía, y de nuevo se sostienen en el frente de Lovicz Lodz; la cuarta derrota tiene lugar en Lodz; es desbordada la izquierda rusa por los austro alemanes, pero el ala derecha sigue manteniéndose en Lovicz hasta que la quinta derrota les obliga a ceder en toda la línea. Y entonces viene la retirada general hacia el Vístula, en busca del apoyo de los fuertes destacados de Varsovia y de las defensas alzadas en aquel río.

Es imposible que la cohesión y la moral del ejército ruso sean las mismas ahora, después de tantas batallas desgraciadas, cuando ya el adversario ha adquirido una superioridad marcada, que lo fueran si voluntariamente se replegaran a la fortísima línea del Vístula después de Kolo o por lo menos como consecuencia de la batalla de Kutno. El soldado que se ha acostumbrado a ser vencido por su adversario, adquiere el peor de los hábitos, y antes de volver a entrar en fuego está derrotado moralmente. Sería menester que llegasen copiosísimos refuerzos y que cambiara el alto mando para que se perdiera por completo la depresión moral que ha de obrar sobre los espíritus. Es verdad que entre todos los ejércitos europeos el ruso es el que puede resistir más tiempo, sin descomponerse, los golpes aciagos de la suerte; pero de todos modos se resiente, y más que el soldado es el oficial el que se siente quebrantado y sin energías para lograr la victoria en una nueva batalla.

En el plan de campaña de los rusos se observa, además, un error que les puede costar caro. Los alemanes no creen en el peligro ruso, al estallar la guerra; ignoran que el enemigo está preparado, y se resisten a abrir los ojos a pesar del avance de los moskovitas en Prusia oriental y Galizia, hasta que la verdad adquiere proporciones abrumadoras. Entonces no titubean: hay que afrontar el peligro más urgente, y aplazar el objetivo más codiciado: la derrota de los ingleses. Se suspende la ofensiva en Francia y la masa principal de tropas se dirige a Rusia. Es probable que si el cuartel general hubiera previsto las

espléndidas victorias de Hindenburg, que conjuraron la invasión de Alemania, no se modificara el plan trazado inicialmente; pero cuando se recibió la noticia de aquellos brillantes hechos de armas, ya estaban los refuerzos en camino hacia el Este. Los austriacos, a su vez, ven con claridad, o se lo hacen ver sus aliados, que de la campaña en Polonia depende el resultado de la guerra en Galizia, y evacúan esta última provincia, abandonándola a los horrores de la invasión. Pero los rusos, en su segunda campaña, la emprendida en octubre, tornan a incurrir en el mismo error de la primera: dejan a un lado a los alemanes y vuelven sus armas contra los austriacos, facilitando la afortunada ofensiva de von Hindenburg. Si definitivamente son vencidos en Polonia, de nada les habrá servido resolver victoriosamente la campaña en Galizia y fracasará, sin necesidad de que los austriacos disparen un tiro, la nueva tentativa de invasión de Hungría. Se han empeñado en tomar como objetivo principal lo que sólo es secundario, y ya es difícil que puedan reparar esta equivocación.

No hay que olvidar que en esta guerra uno de los hechos más salientes es la gran rapidez, verdaderamente extraordinaria, con que los alemanes trasladan sus masas de un punto a otro, por alejados que entre sí estén los dos, y en la Lituania, al N. y en el sector de Sandomir, al S., hay excelentes campos donde desenvolverse una iniciativa estratégica. A la iniciativa rusa contra los austriacos, han opuesto estos el vacío, mientras que a la iniciativa de los alemanes han contestado los rusos presentándoles fuerzas mal colocadas y dispuestas con prisas y con arreglo a los apremios del momento. En estas condiciones, la superioridad numérica y el peso de la masa tienen la menor importancia posible. Gracias pueden dar a los hielos que cubren aquella región, dificultando los abastecimientos, los vivaques y las marchas, porque esta misma campaña, desarrollada tres meses antes, habría terminado ya.

III.—La ofensiva de los aliados en Francia y Flandes

Como indiqué en otra crónica, los aliados han acabado por reconocer que efectivamente han asumido la ofensiva y que se proponen arrojar de Francia, o por lo menos de la región N.O., al enemigo. La acción se efectúa más enérgicamente desde Arras al mar, pero los ataques menudean en toda la línea. Precedió, como tanteo y para llamar la atención del adversario hacia otro punto, una tímida ofensiva en Alsacia; pero como los alemanes les rechazaran violentamente, no se ocultó ya el movimiento principal. Lentamente, muy lentamente, los aliados han conseguido adelantar algo, aunque la situación examinada en conjunto apenas se ha modificado; el invasor, a poco que la ocasión le favorezca, pronuncia contraataques y ha llegado a ganar terreno en varios lugares. Muy bien atrincherados los alemanes y con las baterías en posiciones dominantes y cruzando sus fuegos, necesariamente los avances de los aliados han de costarles muchas bajas, y es dudoso que cuando llegue el momento de ejecutar el esfuerzo decisivo, conserven todavía energía suficiente o dispongan de los refuerzos necesarios. La misma pregunta cabría formular si fueran los alemanes los que atacaran.

Si la batalla se desarrolla con tanta lentitud como hasta ahora, o bien suspenderán los aliados su ofensiva, o bien ésta acabará por trocarse en defensiva. Mientras los alemanes no terminen victoriosamente su acción contra Rusia, no ha de abrigar demasiados temores el general Joffre, pero si aquellos consiguen un éxito decisivo, tal vez se arrepienta el generalísimo francés de no haber aprovechado para iniciar un ataque resuelto los meses de octubre y noviembre, que han utilizado los invasores para atrincherarse sólidamente y preparar todo el terreno inmediatamente posterior para una defensa paso a paso.

IV.—La situación el 26 de diciembre

El ataque de los aliados ha sido general en toda la línea, pero el mayor estuerzo se emprendió desde el Somme al N. En los primeros días consiguieron algunas ventajas pero apenas puestos en claro los verdaderos propósitos del atacante, sobrevino, lo mismo que en octubre y noviembre, la contraofensiva alemana, y la situación continúa la misma que hace un mes: en unos puntos la línea alemana ha avanzado unos centenares de metros y en otros ha retrocedido otro tanto. El hecho más digno de mención es que los alemanes evacuaron la orilla izquierda del canal del Iser, cuya posesión en pequeña parte costó ríos de sangre a los dos ejércitos hace poco más de un mes. Esta contraofensiva se ha ejecutado por medio de las reservas, cuya acción ha sido tan vigorosa que el atacante ha paralizado sus asaltos en casi toda la línea y ha vuelto, en general, a tomar una actitud defensiva. Se ignora si se reanudarán o no los ataques; éstos han debido ser muy enérgicos en Flandes, porque los aliados, al ser rechazados, han perdido un número de prisioneros relativamente grande, comparado sobre todo, con los escasos que dejaron en manos de los alemanes desde el 15 de octubre: unos tres mil.

En la Prusia oriental, ha sido repelida una nueva tentativa de ataque emprendida por los rusos, con escasas fuerzas. Los alemanes, que también son pocos, se han limitado a efectuar una corta persecución. Más al S., las tropas alemanas de la región de Mława, que habían repasado la frontera, han vuelto a entrar en territorio ruso, y aumentan su frente de despliegue.

En Polonia, Lovicz ha sido conquistado por los alemanes, y los rusos se han replegado a una línea, formada por los ríos Bzura y Rawka, distante unos 45 kilómetros de Varsovia. Los austro-alemanes, por el S., han empujado la izquierda rusa, obligándola a evacuar Piotrków y la región meridional, y llevando su frente a unos 50 kilómetros de Cracovia. Esta nueva derrota de los rusos, en toda la línea de Polonia, abre una nueva situación estratégica, que por estar en pleno desarrollo es prudente no examinar hasta que se despeje.

En Galizia, tampoco han sido más afortunados los moskovitas. Los austriacos los han rechazado de los Cárpatos y en la región occidental han obtenido ventajas de consideración. Lo mismo ha sucedido en la Bukovina, donde los austriacos han tomado de nuevo la ofensiva.

JUAN AVILÉS
Teniente Coronel de Ingenieros

27 de diciembre de 1914.